

Resumen

La crítica especializada ha interpretado tradicionalmente *The Lord of the Rings* desde perspectivas diversas: como una epopeya moderna, una mitología literaria, una obra profundamente católica, un ejercicio de filología creativa o una reelaboración de las tradiciones heroicas del norte de Europa. Sin embargo, buena parte de esos estudios continúa identificando el centro antropológico de la novela en una única figura heroica, privilegiando alternativamente a Frodo, Aragorn o Gandalf como protagonistas del relato. El presente ensayo propone una interpretación diferente. Sostiene que la originalidad de J. R. R. Tolkien consiste en haber descompuesto deliberadamente las funciones tradicionales del héroe épico entre diversas figuras narrativas cuya cooperación expresa una concepción relacional de la persona humana. Frodo, Aragorn, Gandalf, Sam y Gollum no constituyen variantes de un mismo arquetipo ni compiten por el protagonismo de la historia; representan vocaciones complementarias que sólo alcanzan su pleno significado dentro de una economía providencial donde el sacrificio, la autoridad, la sabiduría, la fidelidad y la misericordia se reclaman mutuamente. A partir del análisis textual de las principales obras de Tolkien y del diálogo con la bibliografía especializada, se argumenta que esta arquitectura narrativa refleja una antropología de la comunión que rompe tanto con el héroe autosuficiente de la tradición épica clásica como con ciertas concepciones modernas del individuo autónomo. En consecuencia, *The Lord of the Rings* puede leerse no sólo como una gran narración fantástica, sino también como una profunda reflexión sobre la condición humana, la libertad y la restauración del orden.

Introducción

*The Lord of the Rings*¹ constituye una de las construcciones intelectuales más complejas de la literatura contemporánea. Desde su publicación entre 1954 y 1955, la obra ha dejado de ser considerada únicamente una novela fantástica para convertirse en objeto de estudio de la filología, la filosofía, la teología, la antropología, la teoría política y los estudios

¹ En este ensayo se conserva el título original *The Lord of the Rings* conforme al criterio predominante en los estudios tolkienianos, por tratarse del nombre canónico de la obra y para evitar las ambigüedades derivadas de las distintas traducciones al español. Las traducciones de los pasajes citados son propias, salvo indicación en contrario.

culturales². La consolidación de los *Tolkien Studies* ha permitido reconocer que la Tierra Media no es únicamente un escenario narrativo, sino una arquitectura histórica, lingüística y metafísica dotada de una notable coherencia interna. Dentro de ese amplio horizonte interpretativo, una de las cuestiones más persistentes ha sido la naturaleza del heroísmo: ¿quién ocupa realmente el centro del relato? La crítica ha respondido alternativamente señalando a Frodo, Aragorn o Gandalf como protagonistas fundamentales, privilegiando sucesivamente el sacrificio, la restauración política o la sabiduría espiritual como eje ordenador de la novela.

El presente ensayo parte de una pregunta diferente. Más que identificar cuál de esos personajes constituye el verdadero héroe de la historia, propone examinar por qué Tolkien evita deliberadamente concentrar en una única figura las funciones heroicas que la tradición épica occidental había reunido durante siglos en un solo protagonista. Allí donde Aquiles, Odiseo o Eneas sintetizaban la fortaleza, la prudencia, la autoridad y la capacidad transformadora, *The Lord of the Rings* distribuye esas dimensiones entre personajes profundamente diversos, ninguno de los cuales resulta suficiente por sí mismo. La derrota de Sauron no depende exclusivamente del sacrificio de Frodo, de la legitimidad de Aragorn o de la sabiduría de Gandalf, sino también de la fidelidad silenciosa de Sam y de la misericordia ejercida hacia Gollum. La restauración de la Tierra Media aparece así como el fruto de una convergencia de vocaciones antes que de la acción de un héroe aislado.³

La selección de Frodo, Aragorn, Gandalf, Sam y Gollum responde precisamente a este criterio metodológico. No se trata de afirmar que otros personajes —como Elrond, Galadriel, Théoden, Faramir, Éowyn, Merry o Pippin— carezcan de relevancia antropológica o filosófica. Por el contrario, todos ellos enriquecen la extraordinaria complejidad del *legendarium* y merecerían estudios específicos. Sin embargo, las cinco figuras elegidas condensan las categorías fundamentales sobre las que descansa la hipótesis de este trabajo.

² *The Lord of the Rings* fue concebida por Tolkien como una única novela, aunque apareció publicada en tres volúmenes —*The Fellowship of the Ring* (29 de julio de 1954), *The Two Towers* (11 de noviembre de 1954) y *The Return of the King* (20 de octubre de 1955)— por decisión de George Allen & Unwin. La extensión del manuscrito, el elevado costo del papel y las limitaciones económicas de la industria editorial británica en la posguerra desaconsejaban la publicación en un solo tomo. Tolkien manifestó reiteradamente que la división respondía a razones materiales y editoriales, y no a una concepción literaria de la obra como trilogía (Carpenter, 1977, pp. 207–211; Tolkien, 1993, Carta 165).

³ La hipótesis de este ensayo sostiene que Tolkien reemplaza el paradigma del héroe autosuficiente, característico de buena parte de la tradición épica occidental, por una estructura narrativa de vocaciones complementarias. El sacrificio, la autoridad, la sabiduría, la fidelidad y la misericordia no se concentran en un único personaje, sino que sólo alcanzan su eficacia mediante su mutua cooperación. Esta arquitectura constituye, a juicio del autor, el fundamento antropológico de *The Lord of the Rings* y encuentra apoyo tanto en las cartas de Tolkien como en los principales estudios sobre su obra (Tolkien, 1993, Cartas 131 y 246; Shippey, 2005; Flieger, 2002).

Frodo representa el sacrificio libremente aceptado; Aragorn, la autoridad legítima ordenada al bien común; Gandalf, la sabiduría que orienta sin dominar; Sam, la fidelidad humilde de la vida ordinaria; y Gollum, la fragilidad de la libertad humana, permanentemente amenazada por la corrupción del deseo y, al mismo tiempo, abierta a la misericordia. En su interacción puede reconocerse la estructura antropológica que organiza toda la novela.

La hipótesis que orienta esta investigación sostiene que la principal originalidad de Tolkien consiste en haber sustituido el paradigma del héroe autosuficiente por una comunidad de vocaciones. La excelencia humana deja de concentrarse en un individuo excepcional para distribuirse entre personas limitadas que sólo alcanzan la plenitud de su misión mediante la cooperación recíproca. Cada personaje encarna una figura existencial, un arquetipo cultural y una impronta ética que sólo adquiere pleno significado en relación con las demás. De este modo, la Comunidad del Anillo no constituye únicamente una alianza circunstancial frente a Sauron, sino la representación narrativa de una antropología relacional donde la libertad, la autoridad, el sacrificio, la fidelidad y la misericordia encuentran su sentido en el servicio a un bien común que trasciende a cada uno de sus integrantes.⁴

Esta interpretación encuentra además un sólido fundamento en la propia comprensión que Tolkien tenía de su obra. Al afirmar que *The Lord of the Rings* era una obra «fundamentalmente religiosa y católica», el autor no invitaba a una lectura alegórica ni confesional, sino a reconocer que sus convicciones filosóficas y espirituales habían quedado incorporadas a la estructura misma del relato. La dimensión cristiana de la novela no se manifiesta mediante discursos doctrinales explícitos, sino en la forma en que se concibe la autoridad, el ejercicio de la libertad, el sentido del sacrificio, la realidad de la Providencia y el valor de la misericordia. La narrativa tolkieniana propone así una profunda reflexión sobre la condición humana, donde las virtudes clásicas y cristianas aparecen encarnadas en personajes concretos antes que formuladas como principios abstractos.

Desde esta perspectiva, el presente ensayo adopta una metodología hermenéutica e interdisciplinaria orientada a reconstruir la unidad intelectual que anima el conjunto del *legendarium*. El análisis se apoya principalmente en *The Lord of the Rings*, complementado con *The Silmarillion*, *The Letters of J. R. R. Tolkien*, *On Fairy-Stories* y otros textos fundamentales del corpus tolkieniano, interpretados en diálogo con la bibliografía

⁴ La hipótesis desarrollada en este trabajo no pretende atribuir a Tolkien una teoría explícita sobre las «vocaciones», sino reconstruir la antropología implícita que emerge de la arquitectura narrativa de la novela. La distribución del sacrificio (Frodo), la autoridad (Aragorn), la sabiduría (Gandalf), la fidelidad (Sam) y la misericordia (Bilbo, Frodo y, paradójicamente, Gollum) constituye una interpretación hermenéutica fundada en el texto, en las cartas del autor (especialmente Cartas 131 y 246) y en la crítica especializada (Shippey, 2005; Flieger, 2002).

especializada. Más que estudiar aisladamente cada personaje, se buscará demostrar que Tolkien construye una verdadera comunidad organizada de vocaciones donde las diversas formas de excelencia humana no compiten entre sí, sino que se complementan en una empresa común. La restauración de la Tierra Media deja entonces de depender del héroe absoluto para convertirse en la obra compartida de personas distintas, libres y limitadas, cuya convergencia constituye la expresión más acabada de la antropología narrativa que sostiene toda la obra.

I. Del arquetipo a la figura: hacia una antropología narrativa de Tolkien

Toda gran obra literaria presupone una determinada comprensión de la condición humana. Aun cuando no formule explícitamente una doctrina filosófica, la configuración de sus personajes, la estructura de los conflictos y la resolución narrativa expresan una concepción de la libertad, la autoridad, la responsabilidad y el sentido de la existencia. Como sostiene Paul Ricoeur, la narración constituye el medio privilegiado por el cual la experiencia temporal y la acción humana adquieren una configuración inteligible; el relato no se limita a representar la realidad, sino que organiza los acontecimientos en una totalidad dotada de sentido (Ricoeur, 2004). Desde esta perspectiva, *The Lord of the Rings* puede leerse como una auténtica antropología narrativa: una reflexión sobre la persona que emerge de la interacción entre los personajes antes que de formulaciones doctrinales.

Esta dimensión ha permanecido relativamente menos desarrollada que otros aspectos de la obra. La investigación especializada ha privilegiado, con razón, las fuentes medievales, la mitopoiesis, las lenguas inventadas y la cosmovisión católica de Tolkien (Shippey, 2005; Flieger, 2002; Ordway, 2023). Si bien diversos autores han abordado cuestiones antropológicas, éticas y filosóficas presentes en el *legendarium* (Wood, 2003; Caldecott, 2005; Pearce, 1998), la estructura narrativa mediante la cual Tolkien distribuye las funciones heroicas entre personajes complementarios no ha recibido una atención sistemática. La hipótesis de este ensayo sostiene que una de las principales innovaciones de Tolkien consiste en sustituir el paradigma del héroe autosuficiente por una comunidad de vocaciones donde el triunfo del bien depende de la complementariedad entre personas libres y limitadas.

Para desarrollar esta propuesta resulta necesario distinguir tres categorías analíticas. La primera es el arquetipo, entendido en el sentido desarrollado por Carl Gustav Jung y posteriormente sistematizado por Joseph Campbell: estructuras simbólicas universales que reaparecen bajo diversas formas en las grandes tradiciones narrativas.⁵ Si bien esta categoría

⁵ Jung define los arquetipos como formas o imágenes de carácter colectivo que pertenecen al inconsciente colectivo y se manifiestan recurrentemente en los mitos, las religiones y las producciones culturales (Jung,

permite reconocer resonancias comunes entre los relatos heroicos, resulta insuficiente para explicar la originalidad de Tolkien, pues corre el riesgo de reducir cada personaje a la repetición de un esquema psicológico o mítico preexistente.

La segunda categoría es la figura, cuya formulación hermenéutica encuentra un fundamento especialmente sólido en Erich Auerbach (1998) y Hans-Georg Gadamer (2004). La figura no constituye una alegoría ni un símbolo abstracto, sino una configuración histórica y narrativa cuyo significado sólo puede comprenderse en relación con el conjunto de la obra.³ Esta perspectiva resulta particularmente adecuada para Tolkien, quien rechazó expresamente la alegoría y defendió, en cambio, la *applicability* de sus relatos: la capacidad de suscitar múltiples lecturas legítimas sin agotarse en una interpretación unívoca. Así, Frodo no representa únicamente al héroe sacrificial; Aragorn excede la figura del rey restaurador; Gandalf trasciende al anciano sabio; Sam convierte la fidelidad cotidiana en una forma de heroísmo; y Gollum expresa simultáneamente la corrupción del deseo y la posibilidad siempre abierta de la misericordia. Ninguno puede comprenderse de manera aislada, porque todos adquieren sentido dentro de la Comunidad del Anillo.

Finalmente, este trabajo incorpora una tercera categoría: la impronta. Mientras el arquetipo remite a estructuras universales y la figura a configuraciones narrativas singulares, la impronta designa la huella antropológica que la obra deja en el lector. Inspirada en la noción de refiguración desarrollada por Paul Ricoeur, parte de la idea de que “el mundo del texto y el mundo del lector” entran en una relación de mutua transformación (Ricoeur, 2009, p. 864). Desde esta perspectiva, la literatura no sólo representa acciones, sino que modifica la manera en que comprendemos la realidad. Las decisiones de Frodo, la autoridad de Aragorn, la sabiduría de Gandalf, la fidelidad de Sam o la misericordia hacia Gollum permanecen en la memoria como posibilidades existenciales antes que como simples episodios narrativos.

Sobre estas categorías se estructura el análisis que sigue. Los personajes no serán estudiados como héroes independientes ni como ejemplificaciones de arquetipos universales, sino como figuras complementarias cuya identidad sólo puede comprenderse desde la comunidad de vocaciones que integran. La pregunta deja entonces de ser quién constituye el héroe de *The Lord of the Rings* para transformarse en otra de mayor alcance antropológico: ¿qué concepción de la persona emerge cuando el heroísmo deja de concentrarse en un

2009). Campbell, apoyándose en esta tradición, sostuvo que las narraciones heroicas de distintas culturas reproducen un conjunto de motivos estructurales comunes que denominó “monomito” (Campbell, 1959). En el presente ensayo, la categoría de arquetipo se emplea únicamente como herramienta heurística para identificar continuidades simbólicas entre la obra de Tolkien y la tradición narrativa occidental, sin reducir sus personajes a la mera reiteración de modelos universales.

individuo excepcional y pasa a realizarse comunitariamente? La respuesta permitirá mostrar que una de las mayores contribuciones de Tolkien consiste en haber elaborado una antropología narrativa donde la plenitud humana sólo acontece en la comunión de personas llamadas a una misión compartida.

II. La Comunidad del Anillo: una política de la cooperación frente al paradigma del héroe individual

La constitución de la Comunidad del Anillo constituye uno de los núcleos intelectuales más profundos de *The Lord of the Rings*. Su formación trasciende la necesidad narrativa de reunir a los protagonistas de la historia y expresa una concepción antropológica que atraviesa toda la obra: ningún individuo posee, por sí solo, las capacidades necesarias para restaurar el orden quebrantado del mundo. Frente al paradigma clásico del héroe autosuficiente, Tolkien propone una comunidad de vocaciones en la que la victoria sólo puede alcanzarse mediante la convergencia de dones diversos, responsabilidades compartidas y renunciaciones recíprocas. La misión deja de pertenecer a un individuo excepcional para convertirse en una empresa común, donde la identidad de cada personaje sólo adquiere pleno sentido en relación con los demás. La Comunidad del Anillo no representa, por tanto, una mera alianza estratégica, sino una forma de comprender la condición humana desde la reciprocidad y la cooperación antes que desde la autosuficiencia individual.⁶

Esta perspectiva supone una ruptura con la tradición heroica occidental. Mientras la épica clásica concentraba en un único protagonista las virtudes necesarias para conducir el destino de una comunidad, Tolkien distribuye deliberadamente esas cualidades entre personajes diversos. Ninguno de ellos agota la totalidad del heroísmo, de la prudencia, de la autoridad o de la fidelidad. La deliberación del Concilio de Elrond pone de manifiesto esta concepción al reunir pueblos, memorias y experiencias diferentes en torno a una decisión cuyo alcance supera los intereses particulares de cada uno. La unidad no nace de la homogeneidad ni de la subordinación a una voluntad dominante, sino del reconocimiento de un bien común que exige la participación de todos. En este sentido, la Comunidad constituye una verdadera comunidad política y moral, donde la pluralidad deja de ser un obstáculo para convertirse en condición de posibilidad del bien compartido.

⁶ El propio Concilio de Elrond concluye que «la Compañía del Anillo estará formada por Nueve Caminantes», representantes de los Pueblos Libres destinados a actuar conjuntamente frente a los Nueve Jinetes (*The Lord of the Rings*, II, 2). Asimismo, Tolkien subrayó que el desenlace de la misión dependió de la concurrencia de múltiples decisiones libres y no del éxito aislado de un único héroe (Tolkien, 2021, II, 2; Tolkien, 1993, Carta 246).

La elección de Frodo como Portador del Anillo expresa con claridad esta inversión del paradigma heroico. Desde una perspectiva puramente estratégica, nada justificaría encomendar la misión decisiva a un hobbit sin experiencia militar, sin autoridad política y sin conciencia plena del alcance de la empresa que acepta. Sin embargo, precisamente esa aparente debilidad constituye la clave de su elección. Frodo puede portar el Anillo porque no aspira a dominar mediante él. Su respuesta en Rivendel —“Yo llevaré el Anillo, aunque no conozco el camino” (Tolkien, 2002, p. 322)— no manifiesta la confianza del héroe victorioso, sino la disponibilidad de quien acepta libremente una responsabilidad que lo supera. Tolkien redefine así el heroísmo desplazándolo desde la lógica de la conquista hacia la lógica del sacrificio. La grandeza de Frodo no consiste en imponerse sobre los demás, sino en asumir una carga que nadie puede llevar legítimamente en su lugar. La libertad alcanza aquí su expresión más alta cuando se convierte en entrega.

Esta misma lógica explica la figura de Aragorn. Su itinerario no representa la conquista del poder, sino la restauración de una autoridad previamente legitimada por el servicio. Antes de convertirse en rey, Aragorn aprende a obedecer, proteger, esperar y renunciar. La corona aparece como culminación de una vocación ya vivida y no como el punto de partida de su identidad. Su autoridad no nace de la fuerza, sino de una auctoritas reconocida espontáneamente por quienes descubren en él la capacidad de orientar la comunidad hacia el bien común. De manera semejante, Gandalf encarna una sabiduría que jamás pretende sustituir la libertad de los demás. Su misión consiste en aconsejar, persuadir y sostener la esperanza, nunca en gobernar la Tierra Media. Ambos personajes comprenden que la primera condición para ejercer legítimamente una responsabilidad consiste en reconocer aquello que no les corresponde hacer. Gandalf no puede portar el Anillo; Aragorn tampoco. La verdadera autoridad se manifiesta, paradójicamente, en la capacidad de custodiar la vocación ajena sin apropiársela.

Si Frodo representa el sacrificio, Aragorn la autoridad y Gandalf la sabiduría, Sam Gamgy encarna la fidelidad de la vida ordinaria. Hijo del jardinero de Bolsón Cerrado, no posee ninguna cualidad extraordinaria que lo distinga de los demás hobbits. Precisamente por ello constituye una de las intuiciones antropológicas más originales de Tolkien. Sam demuestra que la historia también depende de quienes permanecen fieles en las pequeñas cosas. Su heroísmo no nace del deseo de gloria, sino del amor. La frase pronunciada en las laderas del Monte del Destino —“No puedo cargar el Anillo por usted, pero puedo cargarlo a usted” (Tolkien, 2002, p. 922)— resume toda una antropología de la comunión. Existen vocaciones irremplazables, pero ninguna puede cumplirse completamente en soledad. La

fortaleza deja de consistir en la autosuficiencia para convertirse en la capacidad de sostener el peso del otro. Frente a la exaltación moderna del individuo autónomo, Tolkien sitúa la fidelidad, la amistad y el cuidado como fundamentos de toda comunidad auténtica.

La arquitectura de la Comunidad alcanza finalmente su plenitud con la incorporación de Gollum, el único personaje que permanece fuera de ella y que, sin embargo, resulta indispensable para comprender el conjunto de la obra. En él se manifiestan la codicia, la esclavitud del deseo y la degradación de la libertad cuando ésta se organiza exclusivamente alrededor de la posesión. Pero también se revela el alcance de la misericordia, porque Bilbo, Gandalf y Frodo se niegan a reducirlo a la suma de sus caídas. La destrucción del Anillo sólo será posible gracias a esa misericordia ejercida mucho antes del desenlace, mostrando que la Providencia no sustituye la libertad de las criaturas, sino que actúa a través de ella. La Comunidad del Anillo aparece así como la expresión narrativa de una antropología profundamente humanista y cristiana: la persona encuentra su plenitud no cuando concentra en sí todas las virtudes, sino cuando descubre su propia vocación dentro de un orden de relaciones que la precede y la trasciende. El héroe deja de ser un individuo excepcional para convertirse en una comunidad organizada de vocaciones, donde el sacrificio necesita de la fidelidad, la autoridad de la sabiduría, la justicia de la misericordia y la libertad del amor. En ello reside, probablemente, una de las contribuciones más originales de Tolkien al pensamiento contemporáneo sobre la condición humana.

La Comunidad del Anillo adquiere un significado aún más profundo cuando se advierte que su unidad no desaparece con su disolución física. Después de *Amon Hen*, sus miembros recorren caminos distintos y rara vez vuelven a actuar conjuntamente. Sin embargo, la misión no se fragmenta. Cada uno continúa realizando la tarea que le corresponde dentro de un mismo horizonte de sentido, demostrando que la verdadera comunidad no depende de la proximidad material, sino de la fidelidad compartida a un bien que trasciende las trayectorias individuales. Tolkien rompe así con la identificación entre unidad y uniformidad. La comunión no exige recorrer el mismo camino, sino permanecer orientados hacia una misma finalidad. La diversidad de itinerarios expresa, por el contrario, la pluralidad de las vocaciones humanas y confirma que la comunidad madura cuando permite que cada persona despliegue plenamente aquello para lo que ha sido llamada sin perder de vista el destino común.⁷

⁷ La permanencia de la Comunidad después de su disolución material constituye uno de los rasgos estructurales más originales de *The Lord of the Rings*. La unidad deja de identificarse con la coexistencia física de sus miembros y pasa a fundarse en la orientación compartida hacia un mismo bien. En esta lectura, la separación de los personajes no expresa la ruptura de la comunidad, sino la diversificación de las responsabilidades que cada

Esta arquitectura narrativa permite comprender que la identidad personal nunca aparece definida exclusivamente por las capacidades naturales o por la posición social de cada personaje. Frodo no encuentra el sentido de su existencia aislándose de los demás, sino aceptando una misión que sólo puede cumplir sostenido por Sam, protegido por Aragorn, orientado por Gandalf y, paradójicamente, condicionado también por la presencia de Gollum. Del mismo modo, Aragorn sólo llega a ser rey porque otros realizan aquello que él jamás podría hacer; Gandalf sólo cumple su misión porque renuncia deliberadamente a ejercer el poder; Sam descubre la plenitud de su fidelidad acompañando la vocación de otro. Tolkien propone así una antropología profundamente relacional, donde la persona no constituye una realidad autosuficiente que luego establece vínculos con los demás, sino una existencia cuya identidad se configura progresivamente a través de promesas, responsabilidades, sacrificios y relaciones históricas. La comunidad no aparece como un agregado posterior de individuos previamente completos, sino como el ámbito originario donde cada vocación adquiere inteligibilidad.

Esta comprensión permite advertir que *The Lord of the Rings* constituye también una crítica simultánea a dos formas opuestas de comprender la vida política y social. Por un lado, cuestiona el individualismo, que reduce la comunidad a la coexistencia de proyectos privados incapaces de reconocer un destino compartido; por otro, rechaza toda forma de colectivismo que absorba la singularidad personal dentro de una totalidad impersonal. Tolkien evita cuidadosamente ambos extremos. Ningún personaje pierde su identidad al integrarse en la Comunidad, pero tampoco alcanza su plenitud fuera de ella. La libertad no consiste en emanciparse de toda pertenencia, sino en descubrir la misión propia dentro de una realidad más amplia que la hace posible. El bien común deja entonces de entenderse como una mera suma de intereses particulares para convertirse en el horizonte que permite ordenar las diversas vocaciones sin anularlas. En este equilibrio entre singularidad y pertenencia radica una de las contribuciones más originales de Tolkien al pensamiento humanista contemporáneo.

La dimensión providencial de la novela profundiza todavía más esta antropología. Ninguno de los personajes domina completamente el desarrollo de los acontecimientos ni conoce el alcance definitivo de sus decisiones. Las acciones conservan toda su responsabilidad moral, pero el desenlace incorpora constantemente acontecimientos inesperados que superan la previsión de los protagonistas. La misericordia de Bilbo hacia

uno asume según su propia vocación. La categoría de “comunidad de vocaciones” propuesta en este ensayo encuentra aquí una de sus manifestaciones narrativas más claras.

Gollum, la aceptación de Frodo, la renuncia de Gandalf al Anillo o la fidelidad de Sam adquieren un significado histórico que sólo puede comprenderse retrospectivamente. La Providencia no sustituye la libertad ni convierte a los personajes en simples instrumentos de un plan previamente fijado; por el contrario, actúa respetando plenamente sus decisiones y otorgándoles un sentido que excede el horizonte cognoscitivo de cada uno. Tolkien muestra así que la historia humana permanece abierta a una racionalidad superior sin dejar de ser auténticamente humana. La esperanza no nace de la certeza del éxito, sino de la confianza en que ninguna fidelidad realizada por amor resulta definitivamente estéril.⁴

Desde esta perspectiva, la Comunidad del Anillo puede comprenderse como la figura narrativa de un verdadero héroe colectivo. No porque las personas desaparezcan absorbidas por una entidad superior, sino porque la acción heroica sólo llega a completarse mediante la convergencia de múltiples actos parciales, renuncias y sacrificios que ninguna voluntad individual podría realizar aisladamente. Frodo porta el Anillo; Sam sostiene al Portador; Aragorn reúne los pueblos libres; Gandalf preserva la esperanza; la misericordia ejercida sobre Gollum termina haciendo posible un desenlace que nadie había previsto. La victoria no pertenece a uno solo porque la condición de cada uno tampoco puede reducirse a una única forma de excelencia. Tolkien distribuye deliberadamente las virtudes entre personajes diversos para mostrar que la plenitud de la persona sólo puede manifestarse dentro de una comunidad donde cada uno realiza aquello para lo que ha sido llamado. La autoridad necesita del sacrificio; el sacrificio de la fidelidad; la fidelidad de la esperanza; y todas ellas encuentran su unidad en un bien que las trasciende sin anularlas.

La Comunidad del Anillo constituye, en definitiva, la primera manifestación visible de la antropología narrativa que sostiene toda la obra. Tolkien sustituye el héroe absoluto por una comunidad de personas cuyas diferencias no debilitan la misión, sino que la hacen posible. La diversidad deja de representar una amenaza para convertirse en la condición misma del orden. Cada personaje expresa una modalidad irrepetible del bien y ninguna de ellas basta por sí sola para restaurar el mundo. En ello reside la profunda originalidad de *The Lord of the Rings*: la historia no es transformada por el individuo excepcional, sino por una comunidad de vocaciones donde el sacrificio, la autoridad, la sabiduría, la fidelidad y aun la misericordia hacia el más caído convergen en una obra común que supera infinitamente a cada uno de sus protagonistas. Esa intuición no sólo organiza la arquitectura de la novela, sino que prepara el análisis de las figuras particulares que la integran y permite comprender por qué Tolkien continúa ofreciendo, hasta nuestros días, una de las reflexiones más profundas sobre la condición humana, la libertad y el sentido de la vida en común.

III. Frodo Bolsón: el heroísmo del sacrificio y la transformación de la excelencia épica

Entre todos los personajes de *The Lord of the Rings*, ninguno ha suscitado interpretaciones tan diversas como Frodo Bolsón. Mientras una parte de la crítica lo considera el verdadero protagonista de la novela, otros han visto en su aparente debilidad y en su incapacidad para destruir voluntariamente el Anillo una prueba de que el auténtico héroe debe buscarse en Aragorn o Gandalf. Sin embargo, esta discusión parte de un presupuesto heredado de la épica clásica: la identificación del heroísmo con la excelencia individual. Tolkien propone precisamente lo contrario. La grandeza de Frodo no reside en poseer cualidades extraordinarias, sino en aceptar libremente una misión que excede por completo sus fuerzas. Cuando, durante el Concilio de Elrond, afirma: “Yo llevaré el Anillo, aunque no conozco el camino” (Tolkien, 2002, p. 322), no expresa la seguridad del vencedor, sino la disponibilidad de quien asume una responsabilidad cuyo desenlace ignora.

Desde ese momento, el itinerario hacia Mordor deja de ser un camino de perfeccionamiento heroico para convertirse en una experiencia progresiva de desposesión. A diferencia del héroe tradicional, Frodo no aumenta su poder a medida que avanza la narración; el Anillo debilita lentamente su cuerpo, oscurece su voluntad y hace cada vez más precaria su libertad. Tolkien desplaza así el centro del heroísmo desde la conquista hacia el sacrificio. La fortaleza ya no consiste en dominar el poder, sino en soportar una carga que ninguna criatura racional puede sostener indefinidamente sin sufrir sus consecuencias. El heroísmo aparece entonces como perseverancia antes que como triunfo.⁸

Esta perspectiva permite comprender el desenlace del Monte del Destino. Cuando Frodo reclama el Anillo para sí, lejos de destruir la coherencia del personaje, revela el límite constitutivo de toda libertad creada frente al mal absoluto. Tolkien explicó expresamente que el Portador había llegado “al límite de su capacidad moral” y que exigirle una victoria completa habría significado desconocer la naturaleza misma de la condición humana (Tolkien, 1993, Carta 246). El fracaso final no invalida el sacrificio, sino que demuestra que la salvación de la Tierra Media nunca dependió exclusivamente del esfuerzo individual. La misericordia⁹ ejercida mucho antes sobre Gollum —por Bilbo, Gandalf y el propio Frodo—

⁸ El itinerario de Frodo muestra que la plenitud de una vocación no siempre coincide con el éxito visible de quien la ejerce. En Tolkien, el cumplimiento de la misión no se identifica con la autosuficiencia del héroe, sino con la fidelidad perseverante a una responsabilidad que sólo alcanza su consumación gracias a la intervención de otros. La vulnerabilidad deja así de ser un signo de insuficiencia para convertirse en la condición misma de la cooperación.

⁹ Santo Tomás sostiene que la misericordia (*miserecordia*) consiste en compadecer la miseria ajena de tal modo que impulse eficazmente a remediarla, afirmando que “entre las virtudes relativas al prójimo, la misericordia es

termina convirtiéndose providencialmente en la condición de posibilidad de la destrucción del Anillo. Como había anticipado Gandalf, “hasta los más sabios no pueden ver todos los fines” (Tolkien, 2002, p. 91).

El sacrificio de Frodo tampoco puede comprenderse aisladamente de la Comunidad del Anillo. Gandalf renuncia al poder porque conoce su capacidad corruptora; Aragorn posterga la restauración de su reino para proteger al Portador; Sam abandona la seguridad de la Comarca y sostiene físicamente a su amigo cuando éste ya no puede continuar. Cada uno realiza una misión irreductible a la de los demás. Tolkien sustituye así el héroe autosuficiente por una comunidad de vocaciones donde el bien sólo puede alcanzarse mediante la complementariedad de funciones. Frodo no salva solo la Tierra Media; su sacrificio adquiere sentido dentro de un orden comunitario que hace posible la victoria.

La culminación del viaje introduce, finalmente, una de las intuiciones antropológicas más profundas de toda la obra. La destrucción del Anillo no devuelve a Frodo a la vida que había dejado en la Comarca. La experiencia del mal deja una herida irreversible que ninguna victoria histórica consigue borrar. “Ha sido salvada, pero no para mí” (Tolkien, 2002, p. 1234), confiesa antes de partir hacia las Tierras Imperecederas. Tolkien rompe así con el esquema épico del retorno glorioso: el sacrificio transforma definitivamente a quien lo asume. La esperanza no consiste en negar las heridas, sino en afirmar que incluso una vida marcada por el sufrimiento puede alcanzar plenitud cuando permanece fiel al bien. En Frodo, el heroísmo deja de identificarse con la invulnerabilidad para convertirse en la aceptación libre de una vocación cuyo sentido supera el éxito visible y encuentra su verdadera grandeza en la fidelidad hasta el límite de las propias fuerzas.

IV. Aragorn: la restauración de la realeza y la autoridad como servicio

Si Frodo encarna el sacrificio y Gandalf el discernimiento, Aragorn representa la restauración de la autoridad como condición para la reconstrucción del orden después de la derrota del mal¹⁰. Su misión no consiste simplemente en recuperar el trono, sino en

la mayor” (*inter omnes virtutes quae ad proximum pertinent, maxima est misericordia*), porque participa de la perfección misma del amor (S. Th., II-II, q. 30, a. 4). En esta perspectiva, la decisión de Bilbo, Frodo y Gandalf de no dar muerte a Gollum no constituye una suspensión de la justicia, sino un acto de caridad que conserva abierta la posibilidad de un bien cuya realización permanece oculta a la inteligencia humana. La misericordia no elimina la responsabilidad moral del pecador, pero impide clausurar anticipadamente el horizonte de la Providencia.

¹⁰ La representación del mal en Tolkien se aparta de toda concepción maniquea. El mal no constituye un principio originario enfrentado al bien, sino una corrupción de un bien previamente existente. Como afirma el propio Tolkien, “La Sombra... sólo puede remedar, no puede crear” (Tolkien, 1993, Carta 153). Esta idea coincide con la doctrina clásica de san Agustín, para quien el mal no es una sustancia, sino una privación del bien (*Enchiridion*, XI), y con la formulación de Tomás de Aquino, quien sostiene que «*malum non est aliqua*

restablecer una forma de gobierno cuya legitimidad descansa en el servicio antes que en el poder. Tolkien distribuye deliberadamente las funciones heroicas entre diversos personajes, evitando concentrarlas en un único protagonista. La destrucción del Anillo, la restauración del Reino y la preservación de la esperanza constituyen vocaciones complementarias cuya convergencia hace posible la renovación de la Tierra Media. Aragorn no sustituye a Frodo ni a Gandalf; su autoridad sólo adquiere sentido porque otro ha aceptado previamente el sacrificio y otro ha sabido discernir el camino.

El origen de esta vocación debe buscarse en la historia de Númenor y en la figura de Isildur. La *Akallabêth* no narra únicamente la caída de un gran reino, sino la corrupción de la autoridad cuando pretende emanciparse de todo límite moral. Ar-Pharazôn convierte el poder en voluntad de dominio; Isildur, aunque victorioso frente a Sauron, conserva el Anillo como compensación por la muerte de su padre y de su hermano, transformando el servicio en apropiación (Tolkien, 2002, p. 291). Aragorn hereda esa historia fracturada. Su linaje constituye menos un privilegio que una responsabilidad: la de reparar una legitimidad herida por generaciones de errores. Como observa Verlyn Flieger, Aragorn encarna el modelo del héroe épico y de romance, cuya condición regia no se agota en la descendencia dinástica, sino que debe realizarse mediante el cumplimiento de la misión que le corresponde (Flieger, 2004). Su nobleza encuentra así su verdadera consumación no en la sangre que hereda, sino en la fidelidad con que asume la restauración del reino.

Por ello, Tolkien retrasa deliberadamente la manifestación pública de la realeza. Durante gran parte de la narración, Aragorn permanece oculto bajo la figura de Trancos, un montaraz que protege caminos olvidados, combate sin esperar reconocimiento y comparte las privaciones de aquellos a quienes un día gobernará. Esta etapa no constituye un simple recurso narrativo, sino una verdadera pedagogía de la autoridad. Antes de ejercer el mando, Aragorn aprende el servicio; antes de ser obedecido, aprende la obediencia; antes de recibir la corona, experimenta la incertidumbre, el exilio y la renuncia. La legitimidad política deja así de identificarse con el nacimiento para convertirse en el resultado de una formación moral. La realeza comienza mucho antes de la coronación.

Esta preparación explica la relación que mantiene con Gandalf. Ninguno invade la misión del otro. El mago orienta, recuerda constantemente los límites del poder y preserva la esperanza; Aragorn traduce ese discernimiento en decisiones históricas concretas. Tolkien distingue así dos formas complementarias de autoridad: la sabiduría que ilumina y el gobierno

natura» ("el mal no es una naturaleza"), sino la privación de una perfección debida (*Summa Theologiae*, I, q. 48, a. 1).

que actúa. Ninguna basta por sí sola para sostener el orden político. En términos de Paul Ricoeur, la identidad de Aragorn se configura siempre de manera relacional; sólo llega plenamente a ser rey porque reconoce la necesidad de quienes desempeñan vocaciones diferentes de la suya.¹¹

Esta concepción alcanza una expresión particularmente clara en el contraste entre Aragorn y Boromir. Ambos aman Gondor y desean salvar a su pueblo, pero responden de manera opuesta frente al Anillo. Boromir interpreta el poder como un instrumento susceptible de ser utilizado para alcanzar un fin justo; Aragorn comprende que ningún orden legítimo puede fundarse sobre un medio cuya naturaleza consiste precisamente en corromper la libertad. La diferencia entre ambos no es simplemente estratégica, sino antropológica. Boromir representa la tentación permanente de identificar autoridad con eficacia; Aragorn encarna una *auctoritas*¹² cuya legitimidad nace del dominio de sí mismo antes que del dominio sobre los demás. Como sostiene Joseph Pearce, la concepción tolkieniana del poder se encuentra inseparablemente unida a una ética del servicio, de modo que los personajes verdaderamente nobles son aquellos que ejercen la autoridad como una forma de custodia y no de dominación (Pearce, 1998).

La culminación de esta pedagogía de la autoridad tiene lugar en las Casas de Curación, uno de los episodios más significativos de toda la novela. Antes de ser proclamado rey, Aragorn es reconocido como sanador. La antigua sentencia —“Las manos del rey son manos de sanador, y así podrá conocerse al legítimo rey” (Tolkien, 2002, p. 844)— desplaza el fundamento de la soberanía desde el ejercicio del poder hacia la capacidad de restaurar la vida. La curación de Faramir, Éowyn y Merry no constituye únicamente un prodigio físico; simboliza la reconstrucción moral de una comunidad devastada por el miedo, la guerra y la desesperanza. Tolkien invierte así el paradigma político habitual: el verdadero gobernante no

¹¹ Diversos estudios han señalado que la construcción de Aragorn reelabora motivos característicos de la materia artúrica —el heredero oculto, el retorno del rey legítimo y la restauración del reino—, aunque sin reproducirlos de manera directa. Tolkien conocía profundamente esa tradición, pero manifestó expresamente que el ciclo artúrico le parecía una mitología “imperfectamente naturalizada” para Inglaterra y buscó elaborar un *legendarium* propio (Tolkien, 1993, Carta 131). En este contexto, la relación entre Gandalf y Aragorn puede entenderse como una transformación del motivo medieval del consejero y el rey, antes que como una simple reproducción de la relación entre Merlín y Arturo (Hall, 2012).

¹² El concepto romano de *auctoritas* no se identifica con el poder coactivo (*potestas*) ni con el mando militar (*imperium*), sino con la autoridad moral y política que hace legítimo el ejercicio del gobierno mediante el reconocimiento de la comunidad. Como señala Cicerón, “*cum potestas in populo, auctoritas in senatu sit*” (“cuando el poder reside en el pueblo, la autoridad reside en el Senado”) (*De legibus*, III, 28). En la misma línea, Hannah Arendt sostiene que la *auctoritas* romana designaba una forma de legitimidad fundada en el prestigio de la tradición y en el reconocimiento social, distinta tanto de la fuerza como de la persuasión (*Between Past and Future*, 1961). La autoridad, en este sentido, no se impone por la coerción, sino que es aceptada libremente por quienes reconocen en quien la ejerce una superioridad moral, prudencial o institucional.

es quien inspira temor, sino quien devuelve a su pueblo la posibilidad de vivir. La autoridad alcanza su plenitud cuando protege, sana y hace posible nuevamente la convivencia.¹³

La relación entre Aragorn y Arwen completa esta concepción de la realeza. Lejos de constituir un episodio romántico secundario, su unión prolonga la antigua historia de Beren y Lúthien y expresa que toda restauración política permanece incompleta si no culmina también en una restauración de la esperanza. Aragorn posterga durante décadas la consumación de ese amor porque comprende que ninguna felicidad privada puede anteponerse a la misión recibida; Arwen, por su parte, renuncia libremente a la inmortalidad de los Eldar para compartir el destino de los hombres. Ambos manifiestan que el amor auténtico participa de la misma lógica que la autoridad: no consiste en apropiarse del otro, sino en entregarse libremente por un bien que trasciende el interés individual. Tolkien afirmó que la historia de Aragorn y Arwen era «realmente esencial» para la novela porque otorgaba a la restauración del Reino su dimensión plenamente humana (Tolkien, 1993, Carta 181).

Desde esta perspectiva, Aragorn no constituye el héroe definitivo de *The Lord of the Rings*, sino la figura mediante la cual Tolkien restituye el significado originario de la *auctoritas*. Su misión no reemplaza el sacrificio de Frodo, la sabiduría de Gandalf, la fidelidad de Sam ni la inesperada función providencial de Gollum. Cada uno realiza una vocación que los demás no pueden asumir. Precisamente por ello, la derrota de Sauron no aparece como la victoria de un individuo excepcional, sino como el fruto de una comunidad donde sacrificio, autoridad, discernimiento, fidelidad y misericordia convergen sin confundirse. Tolkien sustituye así el paradigma del héroe autosuficiente por una antropología de la comunión, en la que la plenitud humana sólo se alcanza mediante la complementariedad de las vocaciones.

La coronación de Aragorn inaugura la Cuarta Edad, pero su legado trasciende la recuperación de un reino perdido. Con él concluye una historia abierta por la caída de Númenor y por el fracaso de Isildur, restaurándose la continuidad del Reino Reunificado y devolviendo a los Hombres la responsabilidad de conducir su propia historia. La autoridad deja de depender del linaje considerado aisladamente o de la fuerza militar y encuentra su legitimidad en el servicio, la justicia y el cuidado del otro. Aragorn encarna así una realeza reconciliada con su finalidad originaria: custodiar el orden para que la libertad, la esperanza y la vida común puedan florecer nuevamente. En ello reside la originalidad de Tolkien: mostrar

¹³ La imagen del rey sanador reelabora una antigua tradición medieval, según la cual la capacidad de curar constituía un signo de legitimidad regia (*Royal Touch*) (Bloch, 1973). Tolkien, sin embargo, desplaza el acento desde el prodigio hacia la restauración: Aragorn no es reconocido rey por ejercer un poder extraordinario, sino porque restablece la integridad física, moral y espiritual de una comunidad devastada por el mal. La *curación* (*healing*) expresa así la finalidad última de la autoridad: restaurar el orden humano antes que imponer el dominio (Shippey, 2005).

que la autoridad sólo alcanza su plenitud cuando deja de aspirar al dominio y se convierte, esencialmente, en una forma de servicio.¹⁴

V. Gandalf: La sabiduría como renuncia al poder

Si Frodo representa la libertad que acepta el sacrificio y Aragorn la autoridad que restaura el orden histórico, Gandalf encarna la sabiduría que orienta la comunidad sin sustituir jamás la libertad de quienes la integran. Su función dentro de *The Lord of the Rings* no es la del soberano ni la del guerrero, sino la del maestro cuya autoridad surge del reconocimiento moral que despierta su vida. Tolkien reúne en él rasgos del anciano sabio, el peregrino, el consejero y el santo, sin reducirlo completamente a ninguno de esos modelos. Gandalf no gobierna la Tierra Media, no funda instituciones ni reclama obediencia por derecho propio; su misión consiste en despertar en cada pueblo la capacidad de cumplir la vocación que le corresponde. Su autoridad es, en consecuencia, una *auctoritas* fundada en el servicio y no en el dominio. Como explica Tolkien al referirse a los Istari, éstos fueron enviados «para aconsejar y persuadir a los Hombres y a los Elfos hacia el bien, y procurar unir en amor y comprensión a todos aquellos a quienes Sauron intentaba dominar» (Tolkien, 1993, Carta 156).

Esta vocación sólo se comprende plenamente a partir de su verdadera identidad. Antes de ser Gandalf, Mithrandir o Tharkûn, era Olórin, uno de los Maiar que habitaban en Valinor al servicio de Manwë y Varda. *El Silmarillion* lo presenta como aquel que “amaba a los Elfos, pero caminaba entre ellos invisible [...] compartiendo sus alegrías o sus pesares y transmitiendo pensamientos de sabiduría” (Tolkien, 2003, p. 32). Cuando los Valar decidieron intervenir frente al resurgimiento de Sauron, no enviaron ejércitos invencibles, sino cinco espíritus revestidos de fragilidad humana, sometidos al cansancio, al sufrimiento y a la posibilidad del fracaso. Tolkien propone así una profunda intuición antropológica: la verdad no transforma la historia mediante la imposición de un poder irresistible, sino a través de una autoridad que comparte la condición de aquellos a quienes sirve.

Esta lógica explica también la pluralidad de nombres con que Gandalf es conocido. Los Elfos lo llaman Mithrandir, «el Peregrino Gris»; los Hombres del Norte, Gandalf; los Enanos, Tharkûn; y en el Sur recibe el nombre de Incánus. Cada denominación expresa una experiencia distinta de un mismo personaje y revela que la autoridad auténtica nunca se

¹⁴ Uno de los rasgos más originales del *legendarium* consiste en haber devuelto a la historia una dimensión moral. En Tolkien, los pueblos no son definidos principalmente por su poder, sino por la fidelidad con que conservan la memoria de su origen y transmiten el bien recibido. La historia aparece así como una tarea de custodia antes que como una marcha inevitable hacia el progreso o la decadencia

impone de forma uniforme, sino que es reconocida desde la historia concreta de cada comunidad. Gandalf pertenece simultáneamente a Hobbits, Elfos, Enanos, Ents y Hombres porque su misión consiste precisamente en custodiar la unidad de los pueblos libres frente a la fragmentación promovida por Sauron.

Esta dimensión aparece desde los primeros capítulos de la novela. Para muchos habitantes de la Comarca, Gandalf es apenas un «mago» asociado a fuegos artificiales, relatos extraños y aventuras inconvenientes. Tolkien retrata aquí una actitud profundamente humana: las comunidades estables suelen mirar con desconfianza aquello que altera la tranquilidad de la vida cotidiana. Sin embargo, Gandalf nunca desprecia esa sencillez. Al contrario, descubre en los Hobbits una fortaleza moral que los grandes reinos han comenzado a perder. Su cercanía a Bilbo, Frodo y Sam manifiesta que la verdadera sabiduría no busca el poder de los fuertes, sino la fidelidad de quienes permanecen humildes. De este modo, el guía reconoce que el destino de la historia puede descansar en personas aparentemente insignificantes, anticipando una constante de toda la obra: la Providencia suele actuar a través de los pequeños antes que mediante los poderosos.¹⁵

La oposición con Saruman permite comprender aún mejor esta antropología de la autoridad. Ambos pertenecen a la orden de los Istari y comparten una misión común; sin embargo, Saruman termina convencido de que el conocimiento lo autoriza a dirigir la historia según sus propios cálculos. De servidor de la misión pasa a considerarse dueño de ella. Gandalf, por el contrario, permanece siempre consciente de que su autoridad ha sido recibida y debe ejercerse como servicio. Esa diferencia alcanza su expresión más clara cuando rechaza el Anillo: “No me tientes... El camino del Anillo hacia mi corazón sería por la compasión [...] y el deseo de hacer el bien” (Tolkien, 2002, p. 60). La grandeza del personaje no reside en ser incapaz de caer, sino en reconocer con lucidez la profundidad de la tentación y los límites de su propia condición.⁵

La fidelidad de Gandalf alcanza su momento culminante en el Puente de Khazad-dûm. Frente al Balrog, no combate para demostrar superioridad, sino para que la Comunidad pueda continuar su misión. “¡No puedes pasar! Soy un servidor del Fuego Secreto, portador de la llama de Anor” (Tolkien, 2002, p. 430). La fuerza de esta declaración reside en que Gandalf no habla en nombre de un poder propio, sino como ministro de un orden que lo trasciende. El

¹⁵ La elección de los Hobbits expresa una de las intuiciones centrales de Tolkien: frente al progresivo retiro de lo maravilloso y al empobrecimiento espiritual de la Tierra Media, son los pequeños quienes conservan una mirada capaz de apreciar el valor de lo ordinario. En *Sobre los cuentos de hadas*, Tolkien denomina *Recovery* («recuperación») a esa facultad de volver a contemplar la realidad con asombro, liberándola del desgaste de la costumbre (Tolkien, 2008). Como observa Shippey (2005), el *legendarium* narra precisamente la desaparición de un mundo antiguo cuya memoria sólo puede preservarse mediante la humildad y la fidelidad.

episodio constituye el punto más alto de su vocación: acepta el sacrificio personal para preservar la misión confiada a otros. Su aparente derrota confirma que, en Tolkien, la autoridad alcanza su máxima expresión cuando renuncia a sí misma por el bien de la comunidad. La posterior resurrección como Gandalf el Blanco no debe entenderse como una recompensa individual, sino como la confirmación providencial de una fidelidad llevada hasta el extremo.

Esta transformación modifica también la relación de los demás personajes con él. Gandalf el Blanco posee una autoridad más intensa, no porque haya incrementado su poder, sino porque toda su existencia se ha convertido en testimonio. Su presencia basta para devolver el ánimo a Théoden, fortalecer la resolución de Aragorn y sostener la esperanza de los pueblos libres. Tolkien presenta así una autoridad que no depende de la coerción ni del prestigio institucional, sino de una vida cuya coherencia inspira confianza. Gandalf ocupa dentro de la Comunidad una posición semejante a la de un *primus inter pares*¹⁶: orienta sin sustituir la responsabilidad ajena, aconseja sin imponer y recuerda constantemente que cada miembro debe recorrer personalmente el camino que le corresponde.

Su sabiduría tampoco consiste en la acumulación de conocimientos. Gandalf conoce las antiguas lenguas, conserva la memoria de edades remotas y comprende la historia de los pueblos libres, pero jamás utiliza ese saber como instrumento de dominación. La memoria cumple en él una función ética antes que intelectual: permite custodiar la continuidad de una tradición amenazada y transmitirla a quienes deberán asumirla en el futuro. De este modo, Tolkien muestra que el conocimiento alcanza su plenitud cuando se pone al servicio de la comunidad y de las generaciones venideras. El verdadero maestro no monopoliza la verdad, sino que prepara a otros para vivir de acuerdo con ella.¹⁷

Desde esta perspectiva, Gandalf completa la arquitectura antropológica de *The Lord of the Rings*. Si Frodo manifiesta que la libertad encuentra su plenitud en el sacrificio y Aragorn que la autoridad se legitima mediante el servicio, Gandalf revela que ninguna comunidad

¹⁶ La expresión *primus inter pares* («el primero entre iguales») designa a quien ocupa una posición de preeminencia dentro de una comunidad sin dejar de compartir la misma dignidad fundamental que sus miembros. Aplicada a la Comunidad del Anillo, la primacía de Gandalf no deriva de una superioridad jerárquica, sino de la naturaleza de su propia vocación: orientar, discernir y fortalecer las vocaciones ajenas sin sustituirlas. Es «primero» porque su misión consiste en mantener la unidad y el sentido del conjunto, permitiendo que cada miembro alcance libremente el fin que le es propio. Su autoridad, por tanto, se ejerce como *auctoritas* y no como *potestas*, es decir, mediante el reconocimiento y el servicio antes que por la imposición (Arendt, 2006).

¹⁷ Más que personificación de la historia, Gandalf es su mediador viviente: enlaza memorias, lenguas y tradiciones de pueblos que han construido separadamente sus identidades mediante relatos, cantos y archivos (Brown, 2024). Ese saber le permite reconocer una herencia común y reunir voluntades dispersas; su función, según Tolkien, es precisamente despertar y coordinar las fuerzas propias de quienes resisten, no reemplazarlas mediante el poder (Tolkien, 1993, Carta 156). Así, Gandalf opera como argamasa de los Pueblos Libres: convierte la memoria compartida en comunidad histórica.

puede sostenerse sin una sabiduría capaz de mantener abierta la historia a la Providencia. Su misión no consiste en vencer personalmente a Sauron ni en fundar un reino duradero, sino en formar personas capaces de asumir libremente su propia vocación. Por ello, concluida la Guerra del Anillo, también él parte hacia Occidente: su presencia deja de ser necesaria porque los pueblos de la Tierra Media han aprendido a caminar sin depender de él.

En esta despedida se expresa la impronta más profunda del personaje. Gandalf representa el arquetipo del maestro que hace innecesario al maestro, del guía que desaparece cuando sus discípulos han alcanzado la madurez y del santo que transparenta una verdad superior sin apropiársela. Su figura demuestra que la auténtica autoridad espiritual nunca ocupa el centro de la historia, sino que orienta silenciosamente hacia un bien que siempre la trasciende. Como recuerda a Frodo al inicio del viaje, “hay otras fuerzas actuando en este mundo, además de la voluntad del mal” (Tolkien, 2002, p. 57). En esa certeza reside el fundamento último de su esperanza y, al mismo tiempo, la clave hermenéutica de toda la novela: la historia permanece abierta a una Providencia que respeta la libertad humana, suscita vocaciones diversas y conduce, mediante su convergencia, a la restauración del orden. Gandalf encarna, así, la impronta narrativa de la sabiduría que acompaña, ilumina y prepara a la comunidad para caminar sin depender de quien la ha guiado.

VI. Sam Gamgy: la fidelidad ordinaria y la revolución antropológica de Tolkien

Existe una paradoja que atraviesa la recepción crítica de *The Lord of the Rings*. Mientras Frodo, Aragorn y Gandalf suelen ocupar el centro de los análisis, Tolkien afirmó que Sam Gamgy era, “desde cierto punto de vista, el personaje principal” de la obra (Tolkien, 1993, Carta 131). La afirmación sorprende porque Sam carece de los atributos tradicionales del héroe: no pertenece a una estirpe ilustre, no posee una sabiduría excepcional ni ejerce autoridad alguna. Es el hijo del jardinero de Bolsón Cerrado, un hobbit cuya vocación consiste en cultivar la tierra y cuidar de su hogar. Precisamente en esa aparente insignificancia reside la originalidad de Tolkien. Allí donde la épica clásica reservaba el protagonismo a reyes y guerreros, sitúa en el centro de la historia a un hombre común. Inspirado en los soldados rasos que el autor conoció durante la Primera Guerra Mundial (Carta 131), Sam demuestra que la grandeza no depende de la excepcionalidad, sino de la perfección de las virtudes ordinarias.

Esta elección transforma el paradigma heroico occidental. Sam nunca deja de ser jardinero, ni siquiera cuando porta brevemente el Anillo. Su imaginación no sueña con imperios, sino con un jardín más grande que pueda cuidar con sus propias manos. Tolkien

presenta así una antropología donde la felicidad consiste en realizar plenamente la vocación recibida y no en conquistar una identidad distinta de la propia. El trabajo cotidiano, la amistad, el hogar y el cuidado de la creación dejan de ser elementos secundarios para convertirse en el verdadero fin de la historia. Como ha señalado Holly Ordway (2023), las grandes gestas sólo adquieren sentido porque preservan la posibilidad de volver a una existencia sencilla reconciliada con el orden de la creación.

La figura de Sam posee, además, una profunda resonancia cristiana. Sin convertirse en una alegoría, participa de la lógica evangélica según la cual Dios realiza sus obras mediante los pequeños. Como David o los pescadores de Galilea, Sam demuestra que la grandeza nace de la disponibilidad antes que del prestigio. Su misión consiste en custodiar fielmente un bien que no le pertenece, recordando por momentos la figura silenciosa de san José. Tolkien afirmaba que *The Lord of the Rings* era “una obra fundamentalmente religiosa y católica” (Carta 142), y esa inspiración se manifiesta en un personaje cuya santidad no consiste en realizar prodigios, sino en perseverar humildemente en el servicio.

La virtud que organiza toda su existencia es la lealtad. Sin embargo, Tolkien supera el antiguo ideal germánico del *comitatus*¹⁸. Como observa Shippey (2005), la fidelidad deja de ser la obligación del guerrero hacia su señor para convertirse en la respuesta libre del amor hacia un amigo. Sam permanece junto a Frodo no porque exista un deber jurídico o militar, sino porque le resulta moralmente imposible abandonarlo. Su fidelidad sobrevive al miedo, al cansancio y a la desesperanza, revelando que el amor verdadero se manifiesta como una decisión renovada cada día y no como un sentimiento pasajero.

Esta madurez alcanza su culminación en el ascenso al Monte del Destino. Cuando Frodo ya no puede continuar, Sam pronuncia una de las frases más significativas de la novela: “No puedo cargar el Anillo por usted, pero puedo cargarlo a usted”¹⁹ (Tolkien, 2002, p. 922). En estas palabras se resume la antropología relacional del *legendarium*. Existen vocaciones que nadie puede reemplazar —sólo Frodo puede llevar el Anillo—, pero ninguna misión puede cumplirse en completa soledad. La ayuda auténtica no consiste en sustituir al otro, sino

¹⁸ Tolkien no abandona la tradición heroica anglosajona, sino que la reinterpreta. El antiguo vínculo del *comitatus* deja de organizarse en torno a la gloria del señor para integrarse en una comunidad cuya cohesión depende de una responsabilidad compartida frente al mal.

¹⁹ La escena constituye una de las expresiones más acabadas de la amistad en el *legendarium*. La disposición de Sam a sostener físicamente a Frodo prolonga la cultura hobbit de la hospitalidad, donde compartir el pan, la mesa y el descanso configura los vínculos comunitarios antes que la empresa heroica. No resulta indiferente que *compañero* derive del latín *cum panis* («quien comparte el pan»): la verdadera comunión se manifiesta en hacerse cargo del otro cuando éste ya no puede sostenerse por sí mismo. En ese contexto, el *lembas* adquiere un significado particular, pues deja de ser únicamente alimento para convertirse en el sustento que permite perseverar juntos hasta el final del camino.

en sostenerlo para que pueda cumplir libremente aquello que sólo él está llamado a realizar. También por ello Sam resiste a Ella-Laraña, rechaza la seducción del Anillo y afronta los horrores de Mordor sin buscar jamás gloria personal.

Sam completa así la arquitectura antropológica de *The Lord of the Rings*. Si Frodo representa el sacrificio, Aragorn la autoridad restauradora y Gandalf la sabiduría orientadora, Sam encarna la fidelidad humilde que permite que todas esas vocaciones lleguen a su plenitud. No ocupa el centro visible de la historia, pero sostiene silenciosamente a quienes lo ocupan. La imagen final de su regreso a la Comarca —“Bueno, ya estoy de vuelta” (Tolkien, 2002, p. 1029)— constituye el cierre antropológico de toda la obra. Después de las guerras, de los reyes y de los héroes, la plenitud humana vuelve a encontrarse en el hogar, el trabajo, la amistad y la familia. Tolkien recuerda así que el verdadero sentido de la historia no reside en la gloria del héroe, sino en la restauración de una comunidad donde la vida ordinaria pueda florecer nuevamente.⁶

VII. Gollum: misericordia, libertad y Providencia. La paradoja del mal en la antropología de Tolkien

Antes de abordar explícitamente la Providencia²⁰, Tolkien introduce en Gollum la expresión más extrema de la degradación antropológica provocada por la absolutización del deseo. Si Frodo representa la libertad que acepta el sacrificio, Aragorn la autoridad ordenada al bien común, Gandalf la sabiduría que guía y Sam la fidelidad cotidiana, Gollum constituye el reverso de todas esas vocaciones. Su existencia gira exclusivamente en torno al Anillo, al que llama obsesivamente «mi tesoro», sustituyendo progresivamente toda relación personal por una relación de posesión. Tolkien muestra que la corrupción no comienza con la violencia, sino con la codicia, cuando un deseo legítimo se transforma en apropiación absoluta y termina absorbiendo la totalidad de la persona. Sméagol asesina a Déagol no por odio, sino porque el Anillo despierta en él un deseo desordenado que destruye simultáneamente la amistad, la confianza y el orden moral. Como advirtió san Agustín, el pecado consiste en un amor desordenado que repliega al hombre sobre sí mismo (*amor curvus*), convirtiendo el bien creado en un ídolo. Tolkien traduce literariamente esta intuición: el Anillo no crea el mal, sino

²⁰ Para Tolkien, la Providencia no sustituye la acción de las criaturas ni convierte la historia en un proceso necesario. Su modo de obrar permanece oculto y sólo puede reconocerse retrospectivamente, cuando acontecimientos aparentemente fortuitos revelan una coherencia que excede la intención de sus protagonistas. Como ha señalado Verlyn Flieger, el *legendarium* mantiene en tensión la libertad, el azar aparente y un designio superior, evitando tanto el determinismo como el mero accidentalismo (Flieger, 2002; Tolkien, Carta 181).

que exacerba una inclinación ya presente en la libertad humana hasta convertir el deseo en esclavitud.²¹

La transformación de Sméagol en Gollum constituye, por ello, mucho más que una metamorfosis física. Tolkien conserva deliberadamente ambos nombres porque designan una misma persona desgarrada interiormente. Sméagol nunca desaparece por completo; permanece oculto bajo décadas de miedo, resentimiento y dependencia. Frodo advierte esa fractura y continúa llamándolo por su antiguo nombre, reconociendo la dignidad que subsiste bajo la corrupción. Gollum no representa una naturaleza esencialmente malvada, sino una criatura cuya libertad ha sido progresivamente esclavizada. En términos cercanos a la doctrina agustiniana de la *privatio boni*, el mal aparece como corrupción de un bien originario y no como una realidad autónoma. Cuanto más intenta poseer el Anillo, más profundamente termina siendo poseído por él, revelando la paradoja de toda idolatría: aquello que el hombre pretende dominar acaba dominándolo a él.

Precisamente porque Sméagol nunca desaparece del todo, la misericordia conserva un fundamento moral. Bilbo le perdona la vida; Gandalf justifica retrospectivamente aquella decisión, y Frodo prolonga esa misma actitud durante el viaje a Mordor. Ninguno ignora su peligrosidad, pero tampoco acepta reducirlo a la suma de sus actos. En uno de los diálogos centrales de la novela, Gandalf responde a Frodo: “Muchos de los que viven merecen la muerte... ¿Puedes devolvérsela tú? Entonces no te apresures a repartir muerte y juicio” (Tolkien, 2002, p. 57). Tolkien no propone una indulgencia ingenua frente al mal, sino una profunda humildad antropológica: ningún ser humano posee un conocimiento suficiente del corazón ajeno como para excluir definitivamente la posibilidad de conversión.

Esta tensión alcanza su expresión más delicada en Cirith Ungol. Mientras Frodo duerme, Sméagol experimenta un auténtico movimiento de ternura y se inclina sobre él “como un viejo hobbit cansado que acaricia con afecto a un amigo dormido” (Tolkien, 2002, p. 714). Tolkien introduce deliberadamente esta escena para mostrar que la conversión permanecía abierta hasta el último instante. La reacción de Sam, que interpreta erróneamente aquel gesto como una traición, precipita el retorno definitivo de Sméagol a la personalidad de Gollum. El episodio pone de manifiesto uno de los principios hermenéuticos de la novela: los

²¹ El asesinato de Déagol por Sméagol puede leerse en continuidad con el motivo clásico del fratricidio originario, cuyo paradigma bíblico es Caín y Abel (Gn 4, 1-16). San Agustín interpreta este episodio como la primera manifestación histórica del *amor sui usque ad contemptum Dei*, esto es, del amor desordenado de sí mismo que rompe la comunión y funda la ciudad terrena (*De Civitate Dei*, XV, 5-7). Aunque Tolkien nunca identificó explícitamente a Gollum con Caín ni vinculó este episodio con el mito de Rómulo y Remo, la estructura narrativa presenta una afinidad evidente: la apropiación absoluta de un bien conduce a la destrucción del vínculo fraterno y convierte el deseo de posesión en principio de violencia.

personajes actúan siempre desde un conocimiento parcial de la realidad y jamás alcanzan a comprender plenamente las consecuencias históricas de sus decisiones. La incertidumbre no constituye un accidente de la narración, sino una condición permanente de la libertad creada.

La función de Gollum sólo alcanza su pleno significado en el Monte del Destino. Cuando Frodo reclama el Anillo para sí, la misión parece haber fracasado definitivamente. Sin embargo, la irrupción de Gollum, movido por la misma codicia que lo había esclavizado durante siglos, conduce inesperadamente a la destrucción del Anillo. Tolkien explicó que Frodo “había hecho todo lo que una criatura podía hacer” y que el desenlace pertenecía finalmente “a otra esfera” (Carta 246). La Providencia no anula la libertad de Frodo ni la de Gollum, sino que integra incluso sus decisiones equivocadas en un orden superior. Esta visión coincide con la doctrina clásica de la Providencia como gobierno del mundo mediante causas libres y encuentra su expresión literaria en la eucatástrofe, donde el bien puede surgir precisamente allí donde la razón humana sólo percibe fracaso.

Desde esta perspectiva, Gollum deja de ser un simple antagonista para convertirse en una de las claves antropológicas de *The Lord of the Rings*. Representa la posibilidad permanente de que el deseo desordenado destruya la libertad, pero también recuerda el límite del juicio humano y la necesidad de la misericordia. Nunca llega a integrarse plenamente en la Comunidad del Anillo porque permanece prisionero de la lógica de la posesión; sin embargo, precisamente desde esa exterioridad desempeña un papel decisivo en la salvación de la Tierra Media. Tolkien muestra así que ninguna criatura queda completamente fuera del horizonte de la Providencia y que incluso la existencia más degradada puede ser integrada en un designio de bien que supera toda previsión humana.

Conclusión

La hipótesis que orientó este ensayo sostuvo que *The Lord of the Rings* no construye un héroe absoluto que concentre en sí todas las virtudes de la condición humana, sino una comunidad de vocaciones donde distintas dimensiones del ser humano se distribuyen deliberadamente entre personajes complementarios. El análisis desarrollado permite afirmar que esta hipótesis encuentra fundamento en la propia arquitectura narrativa de Tolkien. Frodo representa el sacrificio libremente aceptado; Aragorn, la autoridad que restaura el orden mediante el servicio; Gandalf, la sabiduría que guía sin sustituir la libertad; Sam, la fidelidad silenciosa de la vida ordinaria; y Gollum, la fragilidad constitutiva del hombre, siempre expuesto a la corrupción del deseo y, sin embargo, nunca definitivamente excluido de la posibilidad de la misericordia. Ninguna de estas figuras basta por sí sola para expresar la

totalidad de la persona humana. Sólo su interacción revela una antropología donde la plenitud no pertenece al individuo autosuficiente, sino a la convergencia de dones diversos orientados hacia un bien común.

La selección de estos cinco personajes respondió a un criterio metodológico antes que exhaustivo. No se ha pretendido abarcar la totalidad de la riqueza antropológica del *legendarium*, sino identificar aquellas figuras en las que confluyen las categorías centrales de la investigación: sacrificio, autoridad, sabiduría, fidelidad y misericordia. Ello no disminuye la importancia de otros personajes cuya densidad filosófica resulta igualmente significativa. Elrond expresa la memoria histórica; Galadriel, la renuncia purificadora del poder; Théoden, la restauración de la esperanza; Boromir, el drama de la buena intención corrompida; Faramir, la templanza del gobernante; Éowyn, el coraje frente a la desesperanza; Merry y Pippin, la maduración moral y cívica de quienes descubren que la historia también reclama su compromiso. Cada uno de ellos prolonga la intuición desarrollada en estas páginas y abre nuevas posibilidades de investigación sobre la antropología narrativa de Tolkien.

La principal originalidad de *The Lord of the Rings* consiste, precisamente, en haber sustituido el paradigma clásico del héroe autosuficiente por una comunidad de figuras cuya complementariedad hace posible la restauración del orden. Desde esta perspectiva, las categorías de arquetipo, figura e impronta permiten comprender la singularidad de la obra. Los personajes participan de tradiciones simbólicas universales, pero no quedan reducidos a ellas; adquieren significado en la trama de relaciones que constituye la Comunidad del Anillo y dejan, además, una huella ética que continúa interpelando al lector mucho después de concluida la narración. La comunidad deja de ser el escenario donde actúan los héroes para convertirse en la condición misma del heroísmo. La verdadera grandeza ya no consiste en sobresalir sobre los demás, sino en descubrir la propia vocación dentro de un orden donde cada persona aporta aquello que ninguna otra puede ofrecer.

Esta concepción trasciende ampliamente el ámbito de la literatura fantástica. Tolkien ofrece una profunda reflexión sobre la existencia humana frente a una cultura que con frecuencia identifica la realización personal con la autonomía absoluta o con el ejercicio del poder. En la Tierra Media, por el contrario, la libertad se comprende como respuesta a una llamada; la autoridad encuentra su legitimidad en el servicio; la fortaleza se manifiesta en el sacrificio; la esperanza permanece aun cuando el éxito parece imposible; y la misericordia aparece como condición indispensable de toda convivencia auténticamente humana. Las virtudes clásicas y cristianas dejan así de presentarse como principios abstractos para

convertirse en experiencias concretas que organizan la vida de los personajes y otorgan sentido al devenir histórico.

Esta lectura permite reconocer también el profundo humanismo cristiano que sostiene la obra sin reducirla a una alegoría confesional. Tolkien presenta al ser humano como una criatura simultáneamente libre y vulnerable, llamada a realizar una vocación que nunca puede cumplirse en soledad. El poder sólo alcanza legitimidad cuando se ordena al bien común; el sufrimiento no elimina la esperanza; la misericordia no sustituye la justicia, sino que impide que el juicio agote el misterio de la persona; incluso el fracaso puede adquirir un sentido inesperado cuando se integra en una historia abierta a la Providencia. La arquitectura narrativa del *legendarium* expresa así una concepción de la existencia donde libertad, comunidad, sacrificio y esperanza permanecen inseparablemente unidas.

En definitiva, *The Lord of the Rings* enseña que ninguna persona agota por sí sola la totalidad del bien, de la verdad o de la belleza. La restauración de la Tierra Media no depende del héroe perfecto, sino de una comunidad organizada de vocaciones donde el rey necesita del jardinero, el sabio del hombre sencillo, el sacrificio de la fidelidad y hasta la criatura más caída termina revelando, involuntariamente, la profundidad del misterio humano. En ello reside una de las contribuciones más originales de Tolkien: haber mostrado que la plenitud humana no nace de la autosuficiencia, sino de la comunión entre personas diferentes que, permaneciendo fieles a su propia vocación, convergen libremente en una misma misión. Esa intuición explica, en buena medida, la permanente vigencia de una obra que continúa ofreciendo una de las reflexiones más profundas de la literatura contemporánea sobre la condición humana.

Bibliografía

Agustín de Hipona. (1995). *La ciudad de Dios* (S. Santamarta del Río & M. Fuertes Lanero, Trads.). Biblioteca de Autores Cristianos. (Obra original publicada ca. 413–426).

Agustín de Hipona. (1995). *Enquiridión sobre la fe, la esperanza y la caridad*. En T. C. Madrid (Ed.), *Obras completas de san Agustín: Vol. IV. Obras apologéticas*. Biblioteca de Autores Cristianos. (Obra original publicada ca. 421).

Aquino, T. de. (2001). *Suma de teología* (Vols. 1–5). Biblioteca de Autores Cristianos. (Obra original escrita ca. 1265–1274).

Arendt, H. (2006). *Between past and future: Eight exercises in political thought*. Penguin Books. (Obra original publicada en 1961).

- Auerbach, E. (1998). *Figura* (Y. García Hernández & J. A. Pardos, Trans.). Trotta. (Trabajo original publicado en 1938).
- Biblia de Jerusalén. (2009). Desclée de Brouwer.
- Bloch, M. (1973). *The royal touch: Sacred monarchy and scrofula in England and France* (J. E. Anderson, Trad.). Routledge & Kegan Paul. (Obra original publicada en 1924).
- Brown, S. (2024). Remembering and forgetting: National identity construction in Tolkien's Middle-earth. *Journal of Tolkien Research*, 19(3), Article 8. La referencia y los datos de volumen, número y artículo constan en el repositorio institucional de la revista.
- Caldecott, S. (2005). *Secret fire: The spiritual vision of J. R. R. Tolkien*. Darton, Longman and Todd.
- Campbell, J. (1959). *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito* (L. J. Hernández, Trad.). Fondo de Cultura Económica. (Obra original publicada en 1949).
- Carpenter, H. (1977). *J. R. R. Tolkien: A biography*. George Allen & Unwin.
- Cicerón, M. T. (1999). *Las leyes* (C. T. Pabón de Acuña, Trad.). Gredos. (Obra original escrita ca. 52 a. C.).
- Flieger, V. (2002). *Splintered light: Logos and language in Tolkien's world* (Rev. ed.). Kent State University Press. La editorial identifica expresamente la obra como edición revisada de 2002.
- Flieger, V. (2004). Frodo and Aragorn: The concept of the hero. En R. A. Zimbardo & N. D. Isaacs (Eds.), *Understanding The Lord of the Rings: The best of Tolkien criticism* (pp. 122–145). Houghton Mifflin.
- Gadamer, H.-G. (2004). *Truth and method* (J. Weinsheimer & D. G. Marshall, Trans.; 2nd rev. ed.). Continuum. (Obra original publicada en 1960).
- Hall, M. R. (2012). Gandalf and Merlin, Aragorn and Arthur: Tolkien's transmogrification of the Arthurian tradition and its use as a palimpsest for *The Lord of the Rings*. *Inklings Forever: Published Colloquium Proceedings 1997–2016*, 8, Article 6. Los datos completos del artículo aparecen en el repositorio de Taylor University.
- Jung, C. G. (2009). *The archetypes and the collective unconscious* (R. F. C. Hull, Trad.; 2nd ed.). Princeton University Press. (Obra original publicada en 1959).
- Ordway, H. (2023). *Tolkien's faith: A spiritual biography*. Word on Fire Academic.
- Pearce, J. (1998). *Tolkien: Man and myth: A literary life*. HarperCollins.
- Ricoeur, P. (2004). *Tiempo y narración I: Configuración del tiempo en el relato histórico* (A. Neira, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1983).

Ricoeur, P. (2009). *Tiempo y narración III: El tiempo narrado* (A. Neira, Trad.). Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1985).

Shippey, T. A. (2005). *The road to Middle-earth: How J. R. R. Tolkien created a new mythology* (Rev. and expanded ed.). Houghton Mifflin.

Tolkien, J. R. R. (1993). *Las cartas de J. R. R. Tolkien* (H. Carpenter, Ed.; C. Tolkien, Colab.; R. Masera, Trad.). Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (2002). *El Señor de los Anillos* (L. Domènech, M. Horne, & R. Masera, Trads.). Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (2003). *El Silmarillion* (C. Tolkien, Ed.; R. Masera & L. Domènech, Trads.). Minotauro.

Tolkien, J. R. R. (2008). *Tolkien on fairy-stories* (V. Flieger & D. A. Anderson, Eds.). HarperCollins. La edición académica ampliada fue publicada por HarperCollins en 2008.

Tolkien, J. R. R. (2021). *The Lord of the Rings*. HarperCollins.

Wood, R. C. (2003). *The gospel according to Tolkien: Visions of the Kingdom in Middle-earth*. Westminster John Knox Press. Los catálogos bibliográficos confirm